

mosnas, sin dejar á ninguno privado de consuelo. En su caso defendia tambien personalmente las causas de las viudas y los huérfanos hasta recabar que se les hiciese justicia.

Habiendo pasado muchos años en el ejercicio de este cargo, regresó á Francia y falleció en París el dia 27 de julio de 1323. Delfina le sobrevivió aun por espacio de cuarenta y tres años, perpetuando sus ejemplos de virtud en la tierra, y al fin voló al cielo á compartir su corona de gloria. La Iglesia, dócil á la voz de sus milagros, colocó á entrambos entre los altares, en la seguridad de que no podia ofrecer á la gente del mundo modelos mas cumplidos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber con el esplendor de tantas virtudes guarecido á vuestra verdadera esposa la Iglesia contra los escándalos y falsas virtudes de los herejes. Hacednos la gracia de que practiquemos los deberes de nuestro estado con el esmero de san Elzear y de santa Delfina.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, visitaré á los enfermos.

LECCION XLIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XIV, CONTINUACION).

La Iglesia consolada : santa Isabel, reina de Portugal; Mártires de Lituania; san Juan Nepomuceno.—La Iglesia afligida : gran cisma de Occidente;—consolada : mision de Juan de Moncorvino ; conversion de parte de la Tartaria, de la Persia y de la Bulgaria ; conviértese tambien la Lituania.

El año 1311, el concilio de Vienne en Francia, décimoquinto general, condenó los errores de los sectarios, reformó las costumbres y trabajó eficazmente en hacer progresar las ciencias, y establecer cátedras de idiomas orientales en las universidades. Por esta via se manifestaba la solicitud y el poder de la Iglesia, mientras con no menos brillo su santidad portentosa resplandecía así en las cortes de los reyes y en el mismo trono, como entre las clases ínfimas de la sociedad. Así la religion verdadera, mostrando estar siempre llena de vida y cerrando la boca á los sectarios, dejaba sin excusa á los que osaban seguir el error.

Entre los Santos mas egregios del siglo xiv es preciso colocar á santa Isabel, reina de Portugal, con la que puede decirse subieron al trono todas las virtudes. Hija de D. Pedro III de Aragon, nació el año 1271, recibiendo el nombre de Isabel en atencion á su tia santa Isabel de Hungría. Educada por su abuelo D. Jaime I apellidado el *Santo* á causa de sus virtudes, y el *Conquistador* á consecuencia de sus glorias militares, entre ellas la toma de Mallorca y de Valencia, al fallecer éste hallóse imbuida en las máximas mas sublimes de la piedad, á pesar de que solo contaba unos diez años.

Procuraban sus deudos dejarla solo familiarizarse con personas virtuosas, cuyos ejemplos fueran para ella un perenne dechado; y era de índole tan apacible, que del mejor grado se prestaba á estas nobles inspiraciones. No encontraba gusto sino en las cosas dignas de una alma inmortal, encaminadas á Dios, y su mayor placer era

pasar el tiempo en la iglesia. Desde la tierna edad de ocho años practicaba la mortificación, y los pobres la llamaban su buena madrequita.

Casada con Dionisio, rey de Portugal, esta nueva Esther no se dejó deslumbrar por el brillo de las humanas grandezas: repartiendo sabiamente su tiempo á fin de conciliar sus deberes piadosos con los de su estado, levantábase cada día muy de mañana, y tras una prolongada meditacion oia misa y á menudo comulgaba, rezaba siempre los oficios de la Virgen y de difuntos, y tenia además señaladas diferentes horas para santas lecturas, quehaceres domésticos y ejercicios de caridad en favor del prójimo. En sus pocos ratos ociosos hacia ornamentos para las iglesias ó vestidos para los pobres, ayudada en esto de sus damas de honor; y así no le quedaba momento para entregarse á inútiles conversaciones ó á frívolos devaneos.

Gracias á sus desvelos los extraños tenían buena posada y asistencia, los pobres vergonzantes ocultos socorros que les proporcionaban un pasar decente; las doncellas, tan ocasionadas á los corruptores halagos del siglo, una dote regular para poder casarse segun su clase, y en suma ella era el alma de todos los desgraciados. Tamañas atenciones no le impedían consagrarse á sus restantes deberes: amaba y respetaba á su esposo, estándole sujeta y llevando paciente sus defectos; pues Dionisio, aunque adornado de excelentes cualidades, tenia pasiones violentas, cuyos excesos amargamente deploraba su compañera, que rogaba sin tregua, y hacia rogar por su conversion, adoptando en el interin el medio infalible que toda esposa debe seguir si no quiere exponerse á chocar, cual es granjearse las simpatías del consorte por las vias de la suavidad, corrigiendo con afectuoso cariño los estragos de sus pasiones. **SUFRIR, OCUPARSE, ORAR Y CALLAR**, tal era su divisa, divisa que habia recibido de santa Clotilde, la cual á su vez la heredó de santa Mónica.

Esposas cristianas, que sinceramente deseais la conversion de vuestros compañeros, si es lícito daros un consejo, adoptad esta gran divisa, ó mejor esta *receta* tradicional, rogando á Dios que la grave con caracteres de fuego en vuestro corazon: medítadla todas las mañanas puestas en el reclinatorio, y procurad que ella sea la regla inmutable de vuestra conducta, porque el éxito es seguro. Recordad que solo sois fuertes por vuestra suavidad angelical, y que

los cargos, quejas, asperezas, riñas no harian sino agriar el mal sin producir ningun beneficio. Tal fué el resultado de la conducta de Isabel, que el Rey abrió los ojos y renunció para siempre á sus desórdenes; las virtudes que naturalmente poseia, embellecidas por la Religion, resplandecieron con mayor brillantez, y últimamente acabó por ser el ídolo y la gloria de sus vasallos.

Poco tiempo antes de su conversion sucedió el caso que vamos á referir: Tenia Isabel un paje sumamente timorato, de quien se servia para sus limosnas secretas; pero otro paje, envidioso del favor que el primero disfrutaba, resolvió perderle levantando contra él odiosas imputaciones. Dionisio, fácil en pensar mal de los demás, dió asenso á esta calumnia, y resuelto á sacrificar al pretendido culpable, llamó á un quidam, dueño de un horno de cal, y le dijo: «Te enviaré cierto paje con el recado de si has cumplido las órdenes del Rey. Por esta señal le conocerás. Cógelo y échale en tu horno para que muera abrasado, pues merece la muerte por haber incurrido en mi indignacion.»

El día prescrito sale el paje para dirigirse al horno; mas en el camino, pasando por delante de una iglesia entra á oír misa, y como la que se celebraba estaba ya adelantada, aguarda que salga otra y la oye. El Rey, impaciente por saber el resultado, envia al paje delator á informarse de si sus órdenes quedan cumplidas. El dueño del horno tomándole por el que el Rey le habia indicado, le coge y le arroja á la hornaza, donde en breves instantes queda consumido. Entonces el paje bueno, cumplidas ya sus devociones, llega y pregunta si se han cumplido las órdenes del Rey, y oida la respuesta vuélvese á palacio con el recado. ¡ Júzguese cuál seria el asombro de Dionisio al verle regresar! Pero cuando supo los pormenores del suceso, adoró los juicios de Dios, y haciendo justicia á la inocencia del paje respetó entonces mas la virtud y santidad de su compañera.

Cual todas las esposas ilustradas y verdaderamente cristianas, Isabel, que hiciera un negocio principal de la conversion de su marido, nada omitió para proporcionarle una dichosa muerte. Cuando le vió caer enfermo, redoblando en celo, prodigóle las muestras mas cumplidas de adhesion é interés, y retenida á la cabecera de su cama por la mas animosa ternura, servíale con sus propias manos. Tras el ansia de ayudarle á morir bien, repartió abundantes limosnas y mandó elevar preces en todas partes para que el cielo le dispensara semejante gracia. Oyó Dios su humilde ruego, y el Rey

durante su enfermedad dió pruebas de la mas sincera penitencia, y finalmente murió en paz.

Viuda Isabel, ya no vivió mas que para Dios, para sus hijos, entre quienes procuró mantener la paz y la caridad, y para los necesitados, á los cuales entonces mas que nunca hizo sentir los efectos de su munificencia. Acometida á la edad de sesenta y cinco años de una leve calentura, predijo la hora de su muerte, se confesó repetidamente, y recibió el santísimo Viático de rodillas al pié del altar y en seguida el sacramento de la Extremauncion. Á fuer de buena hija de María dió pruebas de la devocion mas acendrada á su divina Madre, y pareció enajenarse de alegría cuando el celeste Esposo vino á llamarla á las eternas bodas el día 4 de julio de 1336. Milagros esplendentes acreditaron la verdad y el heroismo de sus virtudes, y la Iglesia desde entonces pudo oponer á los sectarios esta Princesa ilustre, hija, esposa y madre de reyes, cual nuevo monumento de su inmutable santidad.

No echó menos otros defensores tan distinguidos como elocuentes. La santidad de su moral, la verdad de sus dogmas, y la divinidad de su origen é institutos recibió un testimonio sangriento: la Iglesia tuvo Mártires en el siglo xiv. ¡Honra y prez, hermanos católicos, á esos héroes que por la Iglesia y por nosotros pelearon! Volved la vista al Norte, y fijadla en tres jóvenes cuyas frentes destellan ya una chispa de luz inmortal: llámanse Antonio, Juan y Eustaquio, los dos primeros, hermanos, naturales de Lituania, de ilustre linaje, y los tres chambelanes de Olgerdo gran duque de Lituania, padre del famoso Jagellon. ¿Por qué causa padecieron muerte? Voy á referirlo:

Criados en la religion del país, adoraban por Dios al fuego; pero habiendo tenido la dicha de conocer la verdad, abrazaron el Cristianismo y fueron bautizados. El negarse á comer de ciertos manjares prohibidos un día de vigilia les costó la libertad y la vida, siendo aprisionados por orden del Gran Duque, quien despues de odiosas torturas los condenó á muerte. Eustaquio, que era el mas jóven sucumbió tras las violencias mas bárbaras, cruelmente apaleado, quebradas sus piernas, y arrancado el pelo y la piel de su cabeza. Padecieron estos Santos su martirio en Wilna el año 1342: despues de muertos fueron colgados á una grande encina que servia de horca para los malhechores; mas ya á nadie se volvió á colgar en ella, porque los cristianos compraron el árbol y el terreno,

y andando el tiempo edificaron allí una iglesia. Ya veremos despues que esta sangre no fué infecunda.

Trasladémonos de Lituania á Alemania, para ver á otro testigo sellar con su holocausto la fe que todos profesamos, y vengar para siempre de las calumnias de la impiedad uno de los mas sagrados dogmas de la Iglesia católica: sentábase en el trono imperial un príncipe á quien la historia ha estigmatizado con los apodos de *ebrio* y *holgazan*, llamado Wenceslao, residente en la ciudad de Praga. Cerca de la misma poblacion naciera en 1330 un niño bautizado con el nombre de Juan, al que apellidaban Nepomuceno por proceder de la ciudad de Nepomuch. Ya en el acto de salir al mundo estuvo en gran riesgo de perder la vida; pero salvóle la proteccion de la Virgen Maria, á quien sus padres imploraron en la iglesia de un monasterio cisterciense allí cercano, y agradecidos, lo consagraron á su bienhechora, procurando luego darle esmerada educacion.

Juan Nepomuceno, á medida que adelantaba en años, crecia en piedad y virtudes, y á su tiempo fué doctor en teología y derecho canónico en la célebre universidad de Praga, émula y hermana de las de Padua y París. Desde niño, sintióse muy inclinado al estado eclesiástico, y dirigiendo á este objeto sus estudios, hizo en cierta manera su noviciado, participando con frecuencia de la sagrada Comunión. No bien recibió la uncion sacerdotal, mandáronle ejercitar el privilegiado talento que tenia para la predicacion; y en efecto, no bien subió al púlpito, la ciudad se despobló para oírle, siendo los mas solícitos los estudiantes, que á la sazón excedian de cuatro mil, recabando opimos frutos de santificación. Al mismo tiempo el obispo, deseoso de conservar un varon tan lleno del espíritu de Dios, le confió un canonicato que vacaba por entonces.

Llega á noticia del Rey el mérito de este siervo de Dios, y deseando conocerle personalmente, le da el encargo de predicar en presencia de la corte, durante el Adviento. Juan acepta, aunque no desconoce lo delicado de esta mision, y sus discursos hacen tal fuerza al Emperador, que por algun tiempo se retrae de sus desarreglos. En recompensa quiere dar al Santo un obispado, que desecha, así como otra dignidad de muy pingüe renta; y sin embargo, cuanto mas Juan huye de las humanas grandezas, tanto mas el Señor permite que sea apremiado por el mundo.

La Emperatriz, mujer de Wenceslao, era una princesa virtuosísima, y prendada de la uncion del flamante orador, le tomó por di-

rector espiritual, y á su ejemplo, muchas personas principales hicieron lo mismo, siendo en breve el encargado de guiar las almas de las personas mas virtuosas de la corte, pues todos admiraban en él el rarísimo talento de formar santos en el trono, felices en la adversidad, y adeptos y seguidores del Evangelio en medio del gran mundo donde tan á menudo se desconoce.

En esto el bárbaro Wenceslao salió un dia con el proyecto, tan nuevo como extravagante, de hacerse declarar por Juan Nepomuceno la confesion de la Emperatriz; y así, habiéndole mandado á buscar, empezó por hacerle preguntas indirectas, hasta que, dejando la máscara, le declaró paladinamente su intencion. El Confesor, horrorizado, expuso con respeto cuán chocante al buen sentido y ofensivo á la Religion era el deseo manifestado por S. M.; pero éste, sin darle oidos, viendo que nada podia recabar, lo mandó á un calabozo.

Pasado algun tiempo, hizolo sacar otra vez y aun le convidó á su mesa; pero concluido el banquete, despidió á todos, y habiéndose quedado solo con el siervo de Dios, redobló sus esfuerzos para que le revelara la confesion de la Emperatriz. El Santo respondió, como la vez primera, que él estaba obligado á guardar inviolable silencio por las leyes naturales, divinas y humanas, y que nada del mundo seria capaz de hacerle faltar á su deber: viendo el Emperador que eran inútiles los manejos empleados, no puso ya limites á su enojo: mandó que de nuevo encarcelaran al Santo, y que se le tratara con la mas colmada inhumanidad. Los verdugos le pusieron en un potro, le abrasaron los costados con hachas encendidas, le tostaron á fuego lento, y le atormentaron con feroz barbarie; pero en medio de este suplicio, Juan Nepomuceno no pronunciaba otras palabras que los sagrados nombres de Jesús y Maria; sin embargo cuando lo sacaron del potro estaba casi espirando. Presentado otra vez á Wenceslao, dijo éste de nuevo: «No tienes mas recurso que perecer ó «revelar la confesion de la Emperatriz.» El Santo nada respondió, dando bien á entender su resolucion por su silencio; y conociéndolo el tirano, exclamó: «Quitenme de delante á ese hombre; arrojénle al rio luego que las sombras de la noche puedan ocultar «esta ejecucion.»

El santo Mártir empleó las pocas horas que le restaban en prepararse al sacrificio, y apenas la noche cerró, atado de piés y manos le echaron al Muldaw desde el puente que sirve de comunicacion

entre la ciudad grande y pequeña de Praga: sucedió esto en la víspera de la Ascension, 13 de mayo de 1383. Ahogado ya, el santo cuerpo flotó sobre las aguas rodeado de una auréola celeste cuya vista atrajo muchos espectadores, y entre otros la emperatriz, que, ignorante de lo pasado, corrió á preguntar á su esposo, qué era aquella luz que se veia desde su cámara. El tirano, aterrado, nada contestó, y para ocultar su abatimiento y vergüenza se fué al campo, prohibiendo que nadie le siguiera. Al llegar el dia despejóse el misterio, y los mismos verdugos descubrieron el secreto: toda la ciudad corrió á ver el santo cuerpo, y el clero de la catedral salió procesionalmente á recogerlo trasladándolo á la iglesia de Santa Cruz, en cuyo tránsito varios enfermos recobraron la salud. Así murió Juan Nepomuceno, enumerado con razon entre los Mártires, y con título tanto mas glorioso, cuanto el secreto de la confesion, que se lo mereció, nunca habia excitado el furor de los tiranos ni de consiguien- te causado aun ninguna víctima.

El testimonio de la sangre del Mártir de Praga era necesario para vindicar á la Iglesia de las calumnias de sus detractores, y al propio tiempo consolarla del cisma que la dividia. Esta deplorable escision, conocida con el nombre de *gran cisma de Occidente*, nació de la circunstancia siguiente: Varios Papas habian fijado su residencia en Aviñon, en detrimento de Italia y sobre todo de Roma que sentia mucho esta ausencia de los Sumos Pontífices; lo cual explica la falta de monumentos de la edad media que se observa en aquella metrópoli. Al fallecer Gregorio IX, el pueblo romano, temiendo que el nuevo papa, si era francés, no se domiciliase tambien en Aviñon, aglomeróse en tropel á las puertas del palacio donde estaban congregados los cardenales, y empezó á gritar: *¡Queremos un papa romano!* Estas voces sediciosas fueron acompañadas de amenazas, y de resultas, la eleccion del nuevo papa, que recayó en Urbano VI, se hizo con algun apresuramiento.

Despues se pretendió que era nula, y proclamóse otro papa con el nombre de Clemente VII, de cuyas resultas la cristiandad quedó dividida entre los dos Pontífices; sin embargo, aunque muy deplorable, este cisma acaso no perturbó tanto las conciencias como otros escándalos de mayor cuantía al pafecer. Así lo observa san Antonino, arzobispo de Florencia, escribiendo a mediados del siguiente siglo: «En ambos partidos se creia proceder de buena fe y con seguridad de conciencia, pues aun cuando es necesario creer que

«en la Iglesia solo existe un jefe visible, si acontece que se elijan «dos pontífices á la vez, no hay precision de indagar cuál sea el legítimo, bastando tener por verdadero al que esté canónicamente «elegido, sea el que fuere, pudiendo el pueblo en este particular re- «girse por la conducta y el dictámen de su pastor especial.» Conviene añadir que la sucesion de los vicarios de Jesucristo tampoco se interrumpió durante el cisma mas que á la muerte de cada papa; lo que constituye esencialmente el encadenamiento y derivacion apostólica es la perpetuidad de la doctrina; mas como todos los Papas verdaderos que han precedido ó sucedido á los *dudosos*, recibieron la propia enseñanza, solo aquellos son incontestablemente los vicarios de Jesucristo y sucesores de san Pedro. El gran designio de Dios, que es la santificacion de los elegidos, cumpliése durante aquella oblietiva division lo mismo que antes, pues hubo Santos en ambas obediencias. Sí, la Iglesia en medio de su vehemente dolor no careció de consuelo: la herejía le habia usurpado algunos hijos, indignos de tal Madre, pero aquí tenemos en cambio millares de otros que corren á precipitarse en sus brazos maternales:

La sangre de los tres Mártires de Lituania, de quienes mas arriba se habla, fué un semillero de nuevos cristianos: un humilde religioso francisco que debajo el sayal de buriel ocultaba el valor de un héroe y el celo de un apóstol, Fr. Juan Moncorvino, fué enviado como misionero á Oriente; y á pié, cayado en mano, sin mas apoyo que la Providencia, penetró hasta la China septentrional, habiendo cruzado la Tartaria y la Persia y explorado una parte de las Indias. Llevaba consigo una carta del Papa dirigida al emperador. Dejemos á este gran misionero que nos cuente él mismo su viaje:

«Despues de permanecer tres meses en las Indias, en la iglesia de «Santo Tomás, llegué al reino de Cathai (China septentrional), y «habiéndome presentado el emperador, que llaman Gran-Kan, le «invité, á tenor de las cartas del Papa, á abrazar la religion cris- «tiana; pero estaba harto endurecido en la idolatría, si bien favo- «reció mucho á los cristianos. Desde los once años que pertenezco «á esta mision, he construido una iglesia en la ciudad de Cambalu, «que es la principal residencia del rey, y la he concluido hace seis «años aumentándola con un campanario y tres campanas. Creo ha- «ber bautizado mas de seis mil personas. Un reyezuelo del país, lla- «mado Jorge, se me aficionó desde el primer año que llegué, y con- «vertido, recibió las órdenes menores y me ayudó la misa revestido

«con su traje real. Despues ha atraído á la verdadera creencia gran «número de sus vasallos, mandando tambien labrar un magnífico «templo en honor de la santísima Trinidad, que llama *Iglesia ro- «mana*. He bautizado además ciento y cincuenta niños que can- «tan conmigo los divinos oficios; pero careciendo de libros de coro, «lo hacemos de memoria. Á las horas correspondientes taño las cam- «panas.

«Soy ya viejo, encanecido mas por efecto de los trabajos y afflic- «ciones que por la edad, pues solo tengo cincuenta y ocho años. He «vertido al tártaro el nuevo Testamento y el Salterio, y públicamen- «te enseñé y predico la ley de Jesucristo.»

Enterado el Sumo Pontífice de los progresos que la fe hacia en Oriente, se llenó de alegría, y sobre la marcha encargó al entonces general de los Minoritas, Gonzalo, que escogiera siete religiosos de la Orden, virtuosos y sabios, para ordenarles de obispos y enviar- les á Tartaria. En la misiva, que al efecto les entregó el Vicario de Jesucristo, añadía: «Considerando las grandes acciones que Juan «de Moncorvino ha llevado á cabo y continúa operando en Tartaria «con ayuda de la gracia, lo hemos nombrado arzobispo de la gran «ciudad de Cambalu, poniendo bajo su direccion todas las almas de «los dominios tártaros¹.»

No tardó la Religion en penetrar en Persia, donde el Pontífice erigió nuevos obispados; y al mismo tiempo que la Iglesia recibia tamaños consuelos, otros hijos de san Francisco obraban en Bulgaria conversiones innumerables, bautizando en el solo espacio de ciento sesenta dias mas de doscientos mil varones, cuyos nombres, para que no pudiera dudarse del número, mandó el rey continuar en los registros públicos.

Esposa inmortal del Hombre-Dios, Iglesia sacrosanta, alégrate, no solo de los hijos que has adquirido, sino de los que todavía vas á adquirir; un nuevo florón se añadirá á tu corona, y la misma Lituania sentirá el efecto de la proteccion de tus Mártires. Adoraban los moradores de aquel país un fuego que creian ser perpetuo, como tambien los bosques y las serpientes: habiendo llegado á él en el año 1387 Jagellon, rey de Polonia, convocó en Wilna una asamblea para el miércoles de Ceniza, y de acuerdo con los señores y obispos que le acompañaban, procuró inducir á los lituanios á re-

¹ Fleury, lib. LXXXVII y LXXXVIII.

conocer al verdadero Dios y abrazar el Cristianismo; los bárbaros empero decían ser una impiedad abandonar sus dioses y abolir las costumbres de sus antepasados. Entonces el Rey polaco, para demostrarles que no era la verdad lo que dejaban sino un cúmulo de ridículos errores, mandó apagar el fuego perpetuo que se alimentaba en Wilna; hizo también en presencia de los bárbaros destruir el templo, derribar el ara donde inmolaban sus víctimas, cortar los bosques sagrados, y matar las serpientes que se guardaban en cada casa honrándolas como divinidades.

Los lituanios, viendo destruir así su religión, lloraban y se lamentaban no osando oponerse á las órdenes del Rey, aunque esperando por momentos que su Dios se vengaría por sí mismo; pero como vieron que nada sucedía, abrieron sus ojos á la luz, y pidieron á voces el Bautismo. Los sacerdotes polacos estuvieron algunos días instruyéndolos en los principales artículos de la fe, haciéndoles aprender la Oración dominical y el Símbolo; pero el que con más ahínco trabajó en su conversión fué el mismo Rey, persuadido, á semejanza de san Estéban de Hungría, de que la mayor gloria de un monarca es civilizar á los pueblos que de él dependen, y no ignorando que la civilización es hija de la fe. Los nobles fueron bautizados uno tras otro; pero en cuanto al pueblo, como hubiera sido inmenso trabajo ejecutarlo individualmente, se hizo en globo por aspersión.

Oración.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por la asidua protección que habeis dispensado á la Iglesia, pues solo para nuestro bien la defendeis y consolais; hacednos la gracia de que seamos dóciles á su voz maternal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *guardaré fielmente los mandamientos de la Iglesia.*

LECCION XLV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XV).

La Iglesia atacada: Wiclef, Juan Hus, etc.;—defendida: concilio de Constanza; san Vicente Ferrer; san Casimiro; Orden de los Pobres voluntarios; cofradía de la Misericordia.

Venid á presenciar nuevamente los combates de vuestra Madre, y si sus persecuciones os contristan el corazón, reanímese vuestra fe á vista de sus triunfos. El siglo xv, en el cual hoy entramos, presenta la continuación y el desarrollo de esa eterna lucha del infierno contra la Iglesia, del mal contra el bien, del error contra la verdad, de la carne contra el espíritu.

De parte del infierno hé aquí cuáles son los recursos y los ataques: 1.º la continuación del gran cisma de Occidente; 2.º Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga; 3.º horribles escándalos, consecuencia de las herejías; 4.º la pérdida de la fe en porción de pueblos cristianos de Oriente y de Occidente.

Con objeto de impedir ó reparar el mal, Dios opone: 1.º treinta y siete congregaciones y Órdenes religiosas; 2.º un concilio general; 3.º grandes Santos en todas las clases; 4.º la conquista de nuevos pueblos.

Las herejías del precedente siglo, unidas al cisma funesto que desolaba el Occidente, habían amenguado entre los pueblos el respeto á la autoridad pontificia, y sembrado por doquiera gérmenes de rebelión contra la Iglesia. Tales principios, para originar sectas más trascendentales y peligrosas, solo necesitaban alojarse en una cabeza capaz de regularizarlos y cohonestarlos; eso es lo que hizo Wiclef. Simple sacerdote inglés, despechado por su remoción de la universidad de Oxford, empezó á desatarse contra los religiosos, y en seguida contra el Sumo Pontífice, á quienes miraba como autores de su desgracia, y vertiendo hiel en escritos y sermones, atacó sin rebozo á la Iglesia, su autoridad, sus Sacramentos y sus ritos;